

Pero no le basta haber proferido en buen francés esta amenaza saludable para los viajeros, nó; ya la leeréis, si tenéis buena vista y podéis coger al paso las extrañas letras en idiomas universales como la misma Exposición:

WARNING

*Beware of the Trees
Do not put out legs or head.*

INGRIJITI

*De arbori nupuniti
Axara nici picere nici capu.*

¡OJO!

*Cuidado con los árboles
No sacar pierna ni cabeza.*

ATTENZIONE

*Guardarsi dagli arbori
Non sporger fuori ne le gambe ne la testa.*

EFIGYELMEZTETES

*Vigyazat a fakra
Ne tessék fejet vagy labat kissani.*

Y muchos otros que omitimos, en árabe, en hebreo, en chino, en ruso: КО БНМА-
HIKO.

Y se rueda, tan suavemente mecidos como en los mejores wagones del P. L. M. ó de la Compañía de Orleáns: el pequeño tren corre, se retarda fácilmente, se detiene y vuelve á partir, haciendo previamente sonar su campana, que una administración previosa ha impuesto para no espantar los caballos, que, como todo el mundo sabe, tienen verdadero horror al silbido del vapor.

Las pequeñas locomotoras, todas de cuatro ejes y ochenta caballos, si queréis, toman su oficio en serio sabiendo que tienen cargo de almas. Y se dan cierta importancia. Sin duda desean, sino competir, imitar en todo á sus grandes hermanas de las Compañías y afectan cierto aire de altivez con su chimenea volcada en forma de trompeta.



Un guarda-agujas

¡Alto aquí! Mientras guiado por el joven *groom*, que el director del ferrocarril había puesto á mi disposición amabilísimamente, recorría yo á pie la línea para ver por mis propios ojos las cosas de que me proponía hablar, miraba parar las pequeñas y valientes locomotoras, semejantes á jacas de buena raza, dóciles al freno y sensibles á la espuela, y leía en sus flancos de hierro sus gloriosos nombres.

Son diez, y estas diez locomotoras Decauville refieren toda la historia del trabajo de esta casa, que en 1878 ocupaba cien obreros y emplea hoy cerca de un millar.

He aquí sus nombres:

Turkestan, Kairouan, Afghanistan, Massouah, Australia, Puerto-Rico, Dumbarton, Madagascar, Hanoi y Ville-de-Laon.

Y como en el estrecho corredor, cerrado de árboles y esmaltado de avisos, me apartaba, no sé si por precaución ó por dejarles paso, me trasportaba mentalmente á todas las grandes partes del mundo en que este pequeño ferrocarril ha trazado surcos. Veía al general Annenkoff servirse de él para establecer su vía férrea transcaspiana; veía á las gentes de Buenos Aires ó de la isla de Bor-

bón, á los hombres de las pampas y á los hombres de las estepas explotando este invento francés, esta fabricación francesa; lo veía creando vías improvisadas en la falda de las montañas, á lo largo de los barrancos y torrentes, en los más ásperos desfiladeros y en las inmensas plantaciones en que se corta la caña dulce ó de azúcar.

Y entonces esta joya de pequeño ferrocarril tomaba proporciones gigantescas. ¿No es él quien conduce á los *turistas* hasta el pie de las Pirámides y permite la ascensión fácil de las más altas y abruptas montañas?

Este es precisamente el lado maravilloso de esta empresa: poder hacer llevar por bestias de carga, asnos, caballos, camellos ó elefantes, el material de una línea entera; tomar algunos operarios que tiendan estos rails ya montados, formando una especie de escalas, empalmar estas escalas una con otra y hacer que corra por encima un tren, ó recoger la vía que queda atrás y poniéndola delante servirse de ella para avanzar más y más.

Cada uno de los nombres grabados en los flancos de estas locomotoras recuerda una de las conquistas de sus vías de acero portátiles.

Pero todavía hay dos nombres que deberían llevar gloriosamente estas valientes máquinas, los nombres de las dos fábricas que las construyen.

Estos dos nombres son: *Petit-Bourg* y *Diano-Marina*.

Esta última, hermanita italiana de la gran fábrica francesa, acababa de instalarse cuando sobrevino el espantable terremoto que, en 1885, llenó de terror á Nicensés y Monégascos, pero sobre todo á los habitantes de allende los Alpes.

Aquellos talleres se trasformaron súbitamente en hospital que demostró á Italia adónde llega la caridad francesa.

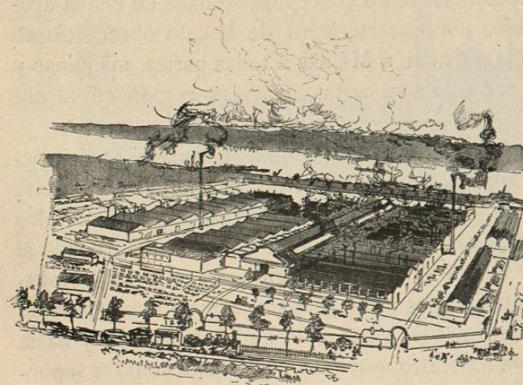
En Francia, en Sena-y-Oise, Petit-Bourg, cuyo nombre evoca los recuerdos de Luis XIV y madama de Montespan, de Luis XV y también del imperial carpintero de Saardam, Pedro el Grande, Petit-Bourg, decíamos, ha venido á ser rápidamente una de las glorias de nuestra industria francesa, y es un nombre popular en todo el mundo.

¡Cien operarios en 1878, mil en 1889!

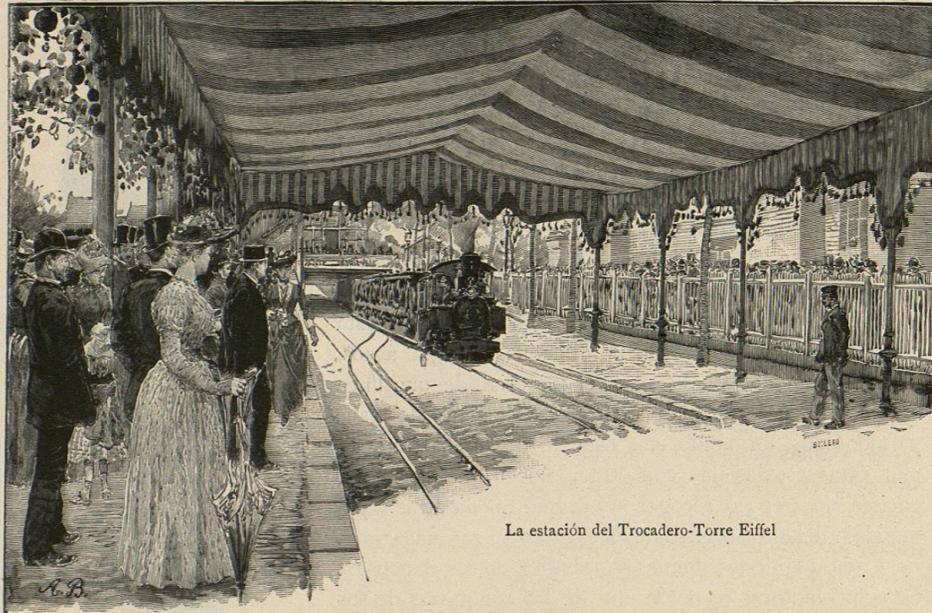
Podéis ir los martes y los viernes á ver los talleres en que esta



Jefe de la estación de la Concordia



Los talleres de Petit-Bourg á vista de pájaro



La estación del Trocadero-Torre Eiffel

valiente y alegre cohorte de los mil acumula un trabajo gigantesco, gracias al empleo de máquinas para taladrar, para remachar, para serrar, para forjar, para embutir y hasta para pintar; todas ellas en extremo ingeniosas, centuplicando la fuerza de los brazos.

Los talleres de Petit-Bourg pueden titularse sin inmodestia ni vanas pretensiones «los primeros del mundo para los ferrocarriles portátiles.» En la cuadra principal, que cubre dos hectáreas y media, funcionan á la vez quinientas máquinas. Creeríase un bosque de árboles de hierro sacudido por el dulce y feroz genio del trabajo. Sólo así se comprenderá que de 500.000 francos anuales, en 1878, se haya elevado la cifra de los negocios á 10 000.000 en 1889.

Cuando se visita esta fábrica, tan notable en todos conceptos, se halla en ella la acogida más afable y hospitalaria. Es también nota característica de la casa obrar siempre con esplendor, de tal manera que envía á China, á Méjico, á todas partes, máquinas y material para ensayos, retirando aquéllas ó éste á su costa, cuando no responden al objeto ó fines á que se destinaran.

Pero lo que más llama la atención en esta fábrica verdaderamente modelo es el carácter ó sello humanitario y hasta diría social, si la palabra no se hubiera desviado con tanta frecuencia de su bella significación, el sello ó carácter fraternal de la sociedad. Todos los progresos de bienestar á poca costa se han realizado en el pueblo que se ha agrupado al rededor de Petit-Bourg. Las casitas de habitación á precio baratísimo, el alquiler rebajado proporcionalmente al número de hijos y á los años de permanencia; una sociedad de socorros mutuos, seguros contra enfermedades y otros achaques de la vida, y hasta una sociedad de música. ¿Qué digo? hasta un teatro muy bien maquinado como se supondrá, fundado para solaz común por M. P. Decauville con ayuda de sus hermanos Emilio y Pedro.

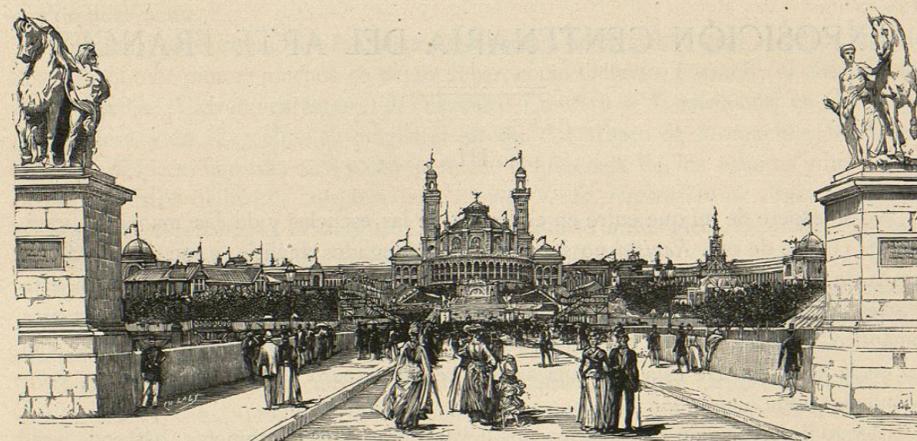
¡Honor pues á esos industriales tan franceses de genio y de corazón, á los cuales el decano de los ingenieros europeos, el célebre y sabio suizo Rigggenbach, escribía con un entusiasmo que nos honraba á todos celebrando en ellos la ciencia, la laboriosidad y la virtud!

Ahora, si se admiran grandemente la torre Eiffel y la Galería de las Máquinas, puede añadirseles el ferrocarril Decauville, que más modesto de apariencia, merece una atención no menos grande con sus dos rails de acero tendidos á flor de tierra y por los cuales circulan los vagoncitos en tiempo de paz, y en tiempo de guerra llevarían rápidamente en lo más recio de la batalla los pesados cañones que han de decidirla y dar por consiguiente la victoria.

Ea pues, linda locomotora, tira del tren chiquito y ve, corre, vuela y sé digna de tu glorioso origen. Desde lo alto de sus trescientos metros te mira con sus ojos de fuego el gigante de hierro de la torre Eiffel y te dice:

«Tú también, lindo juguete, tú también trabajas por el honor de la patria francesa. Haz sonar tu alegre campana dispuesto ya á partir, y yo te alumbraré con mis azulados rayos. Tú has ido á buscar á todos los pueblos sobre tus rails de vía estrecha; tú has visto afghanes, indios, cafres y gauchos, yo con mi poderosa atracción te los traigo de nuevo y ellos te entregan sus veinticinco céntimos para venir á verme. Toca, lindo juguete, toca tu clara campana y parte.»

EMILIO GOUDEAU.



El Trocadero (vista del puente de Jena)